

ÍNDICE

LISTADO DE SIGLAS	13
LISTADO DE FOTOS	15
LISTADO DE ILUSTRACIONES	17
PREFACIO	19
INTRODUCCIÓN	21
1. EL ANTIFASCISMO REVOLUCIONARIO EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, 1936-1939	33
La revolución española	34
Los extranjeros y la revolución española	54
Una guerra de religión	69
Guerras culturales	79
El fin de la guerra y la revolución españolas	85
2. EL DÉFICIT ANTIFASCISTA DEL FRENTE POPULAR FRANCÉS	91
Antifascismo interior	92
La política exterior en la era del Frente Popular	100

De Renania a Austria	106
El rearme	115
Múnich	118
El fin del Frente Popular francés	133
3. EL ANTIFASCISMO CONTRARREVOLUCIONARIO BRITÁNICO Y FRANCÉS	139
El antifascismo interno británico	140
Reacciones británicas al fascismo extranjero	145
La hostilidad francesa al fascismo extranjero	162
4. EL ANTIFASCISMO CONTRARREVOLUCIONARIO EN SOLITARIO, 1939-1940	173
Las consecuencias de Praga	173
El pacto Hitler-Stalin	181
La extraña guerra	186
Los orígenes de la Resistencia francesa	191
El comunismo francés y el británico	204
5. EL ANTIFASCISMO CONTRARREVOLUCIONARIO ESTADOUNIDENSE	211
La hostilidad hacia el fascismo	212
El antifascismo cristiano en Estados Unidos	223
El antifascismo regional	229
El antifascismo de Estado	236
El aislacionismo de izquierda y de derecha	247
Inmigrantes, trabajadores y artistas	250
6. ANTIFASCISMOS UNIDOS, 1941-1944	257
La colaboración antifascista	259
La Resistencia francesa	269
7. MÁS ALLÁ DEL FASCISMO Y EL ANTIFASCISMO. TRABAJAR Y NO TRABAJAR	289
El trabajo forzado en Francia	290
La resistencia al trabajo en Francia	301
La resistencia al trabajo de los obreros británicos	329
La resistencia al trabajo en Estados Unidos	350

8. ANTIFASCISMOS DIVIDIDOS, 1945	371
El antifascismo revolucionario	371
El antifascismo contrarrevolucionario	376
La socialdemocracia europea	386
Un modelo estadounidense diferente	396
CONCLUSIÓN Y EPÍLOGO	399
BIBLIOGRAFÍA	405
ÍNDICE ONOMÁSTICO	433

LISTADO DE SIGLAS

AEU	Amalgamated Engineering Union [Sindicato de Ingenieros Unidos]
BBC	British Broadcasting Corporation
BUF	British Union of Fascists [Unión Británica de Fascistas]
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CFLN	Comité français de la libération nationale [Comité Francés de Liberación Nacional]
CGT	Confédération générale du travail [Confederación General del Trabajo]
CGTU	Confédération générale du travail unitaire [Confederación General del Trabajo Unitaria]
CNR	Conseil National de la Résistance [Consejo Nacional de la Resistencia]
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CNT-FAI	Confederación Nacional del Trabajo-Federación Anarquista Ibérica
CPGB	Communist Party of Great Britain [Partido Comunista de Gran Bretaña]
FFI	Forces françaises de l'intérieur [Fuerzas francesas del Interior]
FNTT	Federación Nacional de los Trabajadores de la Tierra
MRP	Mouvement républicain populaire [Movimiento Republicano Popular]

MUR	Mouvements Unis de la Résistance [Movimientos Unidos de la Resistencia]
NWLB	National War Labor Board [Junta Nacional de Trabajo de Guerra]
PCE	Partido Comunista de España
PCF	Parti communiste français [Partido Comunista Francés]
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PPF	Parti populaire français [Partido Popular Francés]
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
RAF	Royal Air Force [Fuerzas Aéreas Británicas]
SFIO	Section Française de l'Internationale Ouvrière [Sección Francesa de la Internacional Obrera]
SKF	Compagnie d'Applications Mécaniques de Bois-Colombes [Compañía de Aplicaciones Mecánicas de Bois-Colombes]
SNAC	Société Nationale de Constructions Aéronautiques du Centre [Sociedad Nacional de Construcciones Aeronáuticas del Centro]
SNCASE	Société Nationale de Constructions Aéronautiques du Sud-Ouest [Sociedad Nacional de Construcciones Aeronáuticas del Sur-Oeste]
SNCF	Société Nationale des chemins de fer français [Compañía Nacional de Ferrocarriles]
SNCM	Carbone Lorraine de Gennevilliers (nacionalizado desde 1937)
SPD	Partido Socialista Alemán
STO	Service du travail obligatoire [Servicio de Trabajo Obligatorio]
TUC	Trade Union Congress [Congreso de los Sindicatos]
UAW	United Auto Workers [Trabajadores del Automóvil Unidos]
UGT	Unión General de Trabajadores
UNE	Unión Nacional Española

LISTADO DE FOTOS

1. Revolución de Asturias, huelguistas muertos en los enfrentamientos con el Ejército. Oviedo, 6 de octubre de 1934. © Efe.
2. Patio de la Universidad de Oviedo después de la revolución de 1934. Como resultado de los disparos de la artillería del Ejército y las voladuras con dinamita realizadas por los mineros, parte de la universidad y centenares de casas resultaron destruidas. Oviedo, 18 de octubre de 1934. © Efe.
3. Colección de objetos religiosos obtenidos mediante el saqueo de iglesias y conventos. Zona republicana, julio de 1936. © Efe/jt.
4. Interior de una iglesia parcialmente destruida por el fuego. Zona republicana, año 1936. © Efe/jt.
5. Milicianos anarquistas posan junto a un esqueleto tras haber saqueado las tumbas del cementerio del Convento de la Concepción. Toledo, agosto de 1936. © Efe/FIEL/jt.
6. Altar mayor de la iglesia de San Miguel, saqueada y destruida por republicanos. Los cadáveres fueron sacados de los sepulcros y colocados en el altar mayor, haciendo una macabra exposición con ellos, Toledo, sin fecha, aprox. 1936. © Efe/Pelai Mas.
7. En la portada de *AIZ* (Periódico Ilustrado de los Trabajadores) del 10 de junio de 1936 aparecen el líder del Partido Socialista Francés y primer mi-

- nistro después de las elecciones de 1936, Léon Blum, en el centro con el puño en alto. París, 10 de junio de 1936. © Berliner Verlag/Efe.
8. Léon Blum, sin fecha. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.
 9. Haile Selassie en un retrato a caballo en 1935. © JT Vintage/ZUMA Press/Efe.
 10. Haile Selassie en el trono en 1935. © JT Vintage/ZUMA Press/Efe.
 11. Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt a bordo del *Príncipe de Gales* durante la Conferencia del Atlántico donde se emitió la Carta del Atlántico que establecía una visión del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que Estados Unidos todavía no había entrado en la guerra. Agosto de 1941. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.
 12. El general Henri Giraud, el presidente Franklin D. Roosevelt, el general Charles de Gaulle y el primer ministro Winston Churchill están de acuerdo en una rendición incondicional del enemigo en la Conferencia de Casablanca al inicio de 1943. Casablanca, 24 de enero de 1943. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.
 13. Conferencia de Teherán, celebrada en la embajada soviética en Teherán entre los líderes aliados, Iósif Stalin, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943. Teherán, 29 de noviembre de 1943. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.
 14. El joven presidente Charles de Gaulle marcha por las calles bajo el Arco del Triunfo acompañado de políticos y soldados. París, 1944. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.
 15. Conferencia de Yalta celebrada en el Livadia Palace entre Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Iósif Stalin para decidir la reorganización de Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial. Yalta, Crimea, 1 de febrero de 1945. © US Army/ZUMA Press/Efe.
 16. Conferencia de Potsdam. Sentados, Clement Attlee (Reino Unido), Harry S. Truman (Estados Unidos) y Iósif Stalin (Unión Soviética). De pie, el almirante William Leahy (Estados Unidos), Ernest Bevin (Reino Unido) y James Byrnes (Estados Unidos). Agosto de 1945. © Agentur Voller Ernst/Picture Alliance/ZB/Newscom/Efe.
 17. El líder laborista, Ernest Bevin, y ministro de la Guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Londres, abril de 1946. © Keystone Pictures USA/ZUMA Press/Efe.

LISTADO DE ILUSTRACIONES

1. *Partido Comunista de España*. Josep Renau, 1938. Reproducido con la autorización de la Fundación Josep Renau.
2. *Obreros, campesinos, soldados, intelectuales...* Josep Renau, 1937. Reproducido con la autorización de la Fundación Josep Renau.
3. *Un borracho es un parásito*. Póster del Departamento de Orden Público de Aragón que condena fumar o beber.
4. *Un vago es un faccioso*. Póster del Departamento de Orden Público de Aragón que condena la vaguería.
5. *C.G.T. «Fétons L'Unité»*. Cartel del Frente Popular Francés para el 1 de mayo de 1936. ©Álbum.
6. *Rosie the Riveter «We Can Do It»*. Póster para Westinghouse Electric. J. Howard Miller, 1943.
7. *Guernica*. Pablo Picasso, 1937. Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. © Sucesión Pablo Picasso, VEGAP, Madrid, 2016/Grupo Anaya.
8. *Ultra-Marine*. Stuart Davis, 1943. Cortesía de la Academia de Bellas Artes de Pensilvania, Filadelfia. Joseph E. Temple Fund.
9. *Parson Weems' Fable*. Grant Wood, 1939. Amon Carter Museum of American Art, Fort Worth, Texas.
10. *The Year of Peril. Again*. Thomas Hart Benton, 1944. Serie «Pinturas de guerra». © Benton Testamentary Trusts/UMB Bank Trustee/VAGA, NY/VEGAP, Madrid, 2016. © Álbum.
11. *Mineros trabajando*. Henry Moore, 1942. Reproducido con la autorización de The Henry Moore Foundation.

PREFACIO

Este estudio sobre las dos grandes variedades del antifascismo en los principales países del mundo atlántico es, como la mayoría de los libros, un esfuerzo individual y colectivo. En la Universidad de North Carolina Wilmington debo gratitud a Paul Townend, Mark Spaulding, Susan McCaffray, Jarrod Tanny, Eric Tessier y al personal de préstamo interbibliotecario. La UNCW me concedió un tiempo valioso a través de una reasignación de investigación, el equivalente de un semestre sabático en la jerga académica local, y una iniciativa de verano y un premio Cahill me proporcionaron recursos materiales para finalizar el proyecto. Más allá de mi institución de trabajo, Tom Buchanan, Herrick Chapman, Hugo García, William O'Neill, Josep Parello, Don Reid, Jens Späth, Nigel Townson y Jean-Paul Vilaine me ofrecieron ánimo y críticas útiles. Gracias en particular al extraordinariamente erudito Stanley G. Payne.

INTRODUCCIÓN

La historiografía del siglo xx está obsesionada con el fascismo, que rivaliza con el comunismo por el puesto del movimiento político más brutal y espectacular del siglo. En comparación con su enemigo, el antifascismo ha recibido poca atención. Las publicaciones sobre el fascismo son al menos cuarenta veces más numerosas que las obras sobre el antifascismo. Una búsqueda por palabras clave en WorldCat arrojó 59.000 títulos sobre el fascismo y 2.000 sobre el antifascismo. Sin embargo, en casi todos los países occidentales —excepto, por supuesto, Italia, Alemania y España— el fascismo fue un fracaso y el antifascismo un éxito evidente, tal vez la ideología más potente del siglo xx. Es sorprendente que ningún historiador o científico social haya intentado definir la naturaleza, tipos e historia de los antifascismos en el mundo atlántico. Este libro tratará de llenar esa laguna analizando los antifascismos español, francés, británico y estadounidense entre 1936 y 1945.

Puede que el fascismo haya sido la principal innovación política del siglo xx, pero el antifascismo fue aún más flexible y dinámico.

Cuanto más amplia era la gama de opinión que englobó, más éxito tuvo. Buscaba el consenso, no la síntesis. Si el fascismo se construyó sobre su capacidad de aprovecharse de la supuesta atomización o *anomia* de las sociedades modernas, el antifascismo obtuvo un rédito aún mayor de esas mismas características. Aunque los fascistas consiguieron crear uno de los primeros movimientos interclasistas y atrapaalotodo (*catch-all*), los antifascistas les vencieron con facilidad en el mundo atlántico. La naturaleza extremadamente diversa del antifascismo lo convierte en un tema atractivo, aunque escurridizo.

Los éxitos tempranos del fascismo suscitaron temores tanto entre los revolucionarios como entre los contrarrevolucionarios, por lo que dieron pie a una potente alianza en su contra. La idea de que el éxito del fascismo se debió a «un orden liberal tambaleante» se ve matizada por el examen del antifascismo victorioso en las democracias atlánticas¹. Los historiadores y científicos sociales han ignorado la inclusividad ideológica, religiosa y racial del antifascismo, pues muchos lo han interpretado como un movimiento ecuménico que fue principal o exclusivamente de izquierda, o al menos «democrático»². La izquierda ha identificado el antifascismo con su propia orientación progresista, y contemplado el antifascismo conservador como un oxímoron. Desde esta óptica, se supone que la resistencia al fascismo era inseparable de la política revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial³.

¹ Robert O. Paxton, *The Anatomy of Fascism* (Nueva York, 2004), 77; Wolfgang Schivelbusch, *Three New Deals: Reflections on Roosevelt's America, Mussolini's Italy, and Hitler's Germany, 1933-1939* (Nueva York, 2006), 120.

² Cfr. Gilles Vergnon, *L'antifascisme en France de Mussolini à Le Pen* (Rennes, 2009), 94-98: «el antifascismo es efectivamente... un registro de discurso y un mito movilizador propio de las izquierdas». Cfr. también Jean Vigreux, *Le front populaire, 1934-1938* (París, 2011), 117; François Marcot, ed., *Dictionnaire Historique de la Résistance: Résistance intérieure et France Libre* (París, 2006), 12, 639, 850; Geoff Eley, «The Legacies of Antifascism: Constructing Democracy in Postwar Europe», *New German Critique*, n.º 67 (invierno, 1996), 75; Christopher Vials, *Haunted by Hitler: Liberals, the Left, and the Fight against Fascism in the United States* (Amherst, MA, 2014), 8.

³ Tim Kirk y Anthony McElligot, «Introduction», en Tim Kirk y Anthony McElligot (eds.), *Opposing Fascism: Community, Authority, and Resistance in Europe* (Cambridge, Reino Unido, 1999), 6; Enzo Traverso, *À feu et à sang: De la guerre civile européenne 1914-1945* (París, 2007), 21: «En este libro, el antifascismo será analizado sobre todo en cuan-

Se asume que el antifascismo es el reino de los grandes políticos e intelectuales de la izquierda.

Mi propia definición es distinta, y propone un mínimo común denominador compuesto de tres características. En primer lugar, el antifascismo tenía como gran prioridad actuar o luchar contra el fascismo. Así, los antifascistas rechazaban a la vez el anticomunismo y el anticapitalismo a ultranza. Percibían la necesidad de colaborar con los comunistas y los capitalistas, pese a que los antifascistas conservadores se oponían por completo al modelo soviético y los antifascistas revolucionarios al liberal. Los antifascistas eligieron librar una guerra en varios frentes contra el Eje, no contra la Unión Soviética ni contra los Aliados occidentales. Ambos conjuntos de detractores del apaciguamiento sabían que uno puede ser exigente con los amigos, pero no con los aliados. Segundo, el antifascismo rechazaba las teorías conspirativas que culpaban a los judíos y a los plutócratas de los problemas sociales, económicos y políticos, y en particular de los preparativos para una guerra antifascista. Los antifascistas rechazaban esta forma de antisemitismo como chivo expiatorio, aunque compartieran otras variedades. La mayor parte de ellos no consideraban central la cuestión judía, en contraste directo con los nacionalsocialistas alemanes. En tercer lugar, los antifascistas rechazaban el pacifismo y creían que el poder estatal era necesario para frenar tanto a los fascismos domésticos como a la maquinaria de guerra del Eje. Estaban dispuestos a librar una larga guerra global para frenar la expansión del fascismo, poniendo a sus propios imperios en riesgo. El antifascismo significaba sacrificios concretos para derrotar al fascismo, no simplemente hostilidad hacia este⁴.

to lugar de radicalización y de politización de los intelectuales». Véase también Dave Renton, *Fascism, Anti-Fascism and Britain in the 1940s* (Basingstoke, 2000), 4.

⁴ Cfr. Nigel Copsey, «Towards a New Anti-Fascist “Minimum”». En Nigel Copsey y Andrzej Olechnowicz (eds.), *Varieties of Anti-Fascism: Britain in the Inter-War Period* (Basingstoke, 2010), xv; y Nigel Copsey, *Anti-Fascism in Britain* (Basingstoke, 2000), 4, que distingue entre antifascismo «activo» y «pasivo». El primero implica «acciones» que se oponen al fascismo; el segundo, una «actitud hostil». Esta definición puede ser apropiada para un análisis del antifascismo británico, pero es menos útil para entender el antifascis-

Como el fascismo, el antifascismo adoptó formas distintas en periodos diferentes. Entre 1936 y 1945 surgieron dos tipos básicos. El primero fue el antifascismo revolucionario que se desarrolló durante la Guerra Civil española (1936-1939) y dominó a menudo en países con una burguesía débil, como España. Identificaba el fascismo con el capitalismo y las considerables diferencias entre los fascismos italiano y alemán, o entre regímenes fascistas y autoritarios, le eran indiferentes. El antifascismo revolucionario del conflicto español fomentó el abandono del pacifismo por algunos sectores de la izquierda, pero la falta de respeto de la República por la propiedad privada y su anticlericalismo violento le impidieron prefigurar la alianza antifascista de la Segunda Guerra Mundial, como han defendido muchos. El antifascismo revolucionario reapareció en la Europa oriental con el pacto entre Hitler y Stalin (agosto de 1939-junio de 1941), induciendo a los partidos comunistas norteamericano, británico y francés a condenar la guerra como «imperialista» y a tratar a todos los beligerantes como «fascistas» reales o en potencia. Por lo general, en este periodo los comunistas ortodoxos preferían el pacifismo al antifascismo, como los apaciguadores de la década de 1930. El antifascismo revolucionario también revivió al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se convirtió en la ideología oficial del bloque soviético en construcción y contribuyó a otorgarle legitimidad en su conflicto con un nuevo adversario: el Occidente «fascista». Como sucedió en la zona republicana durante la Guerra Civil, el antifascismo revolucionario de las nuevas «democracias populares» tachaba de «fascista» a cualquier oposición contra los gobiernos apoyados por los comunistas, incluyendo huelgas, rebeliones y actos de resistencia al trabajo.

El segundo tipo de antifascismo era no revolucionario e incluso contrarrevolucionario. La falta de reflexión sobre este tipo de antifas-

mo internacional. Los partidarios de Franco y Pétain, incluidos clérigos católicos de alto rango, tenían a menudo actitudes hostiles hacia los fascistas que desempeñaban papeles importantes en esos regímenes. Dependiendo del periodo, incluso Franco y Pétain hicieron declaraciones y gestos hostiles al fascismo. Lo mismo hizo una gran cantidad de alemanes que se refugiaron en el «exilio interno» pero nunca movieron un dedo para oponerse al nazismo hasta que su derrota era segura.

cismo refleja el olvido historiográfico general de las contrarrevoluciones. Otra búsqueda en WorldCat produce 1.350.000 entradas sobre la revolución y solo 6.000 sobre la contrarrevolución. Las escasas excepciones importantes han olvidado incluir el antifascismo conservador entre las variedades de la contrarrevolución. El estudio clásico describió varios tipos de contrarrevoluciones, pero asociándolos con «el control monopolístico del Estado y el Gobierno por una nueva élite política», una definición que a duras penas describe las contrarrevoluciones atlánticas que se produjeron tras la Segunda Guerra Mundial⁵. Una obra reciente afirma que en los países donde el fascismo no consiguió convertirse en un movimiento de masas «los conservadores mayoritarios», que supuestamente rechazaban «los grandes principios de la Revolución francesa... no se sintieron lo suficientemente amenazados en los años 30 como para llamar al fascismo en su ayuda»⁶. Pero tanto Estados Unidos como el Reino Unido y Francia experimentaron «una sensación de crisis abrumadora» que, para muchos, quedaba «más allá del alcance de las soluciones tradicionales», sin que los fascistas se acercasen a tomar el poder en estos países. Además, «los conservadores mayoritarios» crearon y participaron activamente en los movimientos antifascistas francés y británico. En lugar de desear «mantener a las masas alejadas de la política», los antifascistas contrarrevolucionarios, como Churchill y De Gaulle, querían atraer a las masas al antifascismo conservador. El antifascismo no era meramente defensivo y pasivo, sino a menudo más dinámico que el mismo fascismo, y sobrevivió a su enemigo tras una guerra de desgaste.

La falta de discusión sobre el carácter del antifascismo contrasta de forma marcada con el constante debate sobre la naturaleza revolucionaria o contrarrevolucionaria del fascismo. La combinación de las dos formas de antifascismo ha enturbiado muchos análisis. Una imprecisión común, en la que han incurrido tanto fascistas como antifascistas,

⁵ Arno J. Mayer, *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956: An Analytic Framework* (Nueva York, 1971), 115. Véase también James H. Meisel, *Counter-Revolution: How Revolutions Die* (Nueva York, 1966).

⁶ Esta y las siguientes citas, en Paxton, *Anatomy of Fascism*, 22, 71, 114, 219.

es que la Guerra Civil española fue el preludeo de la Segunda Guerra Mundial. Otro problema consiste en que la etiqueta «contrarrevolucionario» no es más popular que la de «fascista». Las dos se consideran casi siempre insultos, y en la actualidad ningún movimiento político significativo se llama a sí mismo fascista o contrarrevolucionario. Por ejemplo, los estadounidenses designaron su intento de frenar la revolución comunista en Vietnam y otros lugares como «contrainsurgencia», no contrarrevolución. De manera similar, el antifascismo contrarrevolucionario nunca pretendió continuar o restaurar el viejo orden, sino instaurar un periodo histórico nuevo y más esperanzador por el que él —como otras contrarrevoluciones— estaba dispuesto a luchar⁷.

El término contrarrevolución sugiere la continuación del Antiguo Régimen bajo un liderazgo social, político y religioso prerrevolucionario. Las contrarrevoluciones victoriosas pueden integrar elementos revolucionarios importantes, pero deben subordinarlos al dominio de elementos tradicionales. En este estudio, contrarrevolución no significa una vuelta al Antiguo Régimen —esto es, al periodo anterior a la Revolución francesa de 1789—, sino más bien la continuación o restauración de los antiguos regímenes de preguerra. La contrarrevolución antifascista continuó o restauró los regímenes creados por las revoluciones atlánticas del siglo XVIII, de inspiración ilustrada. Estas revoluciones avanzaron hacia la democracia política y, a diferencia de las comunistas, garantizaban las libertades individuales y los derechos de propiedad privada dentro de un marco reformista. El antifascismo contrarrevolucionario o restauracionista rechazaba las violaciones de las libertades individuales y las confiscaciones de propiedad que tuvieron lugar tanto bajo el fascismo como bajo el antifascismo revolucionario. Los antifascistas conservadores se opusieron a la abolición de la distinción entre vida pública y privada, un rasgo clave de las revoluciones nazi y soviética. Deseaban poner límites al poder del Estado.

El antifascismo conservador era hostil a la búsqueda metafísica o política de unidad (*Volksgemeinschaft*). No absorbía la sociedad dentro

⁷ Daniel Hucker, *Public Opinion and the End of Appeasement in Britain and France* (Surrey, 2011), 15, 30.

del Estado. Excluía un *Führerprinzip*, la exaltación de la juventud, la militarización de la política, un dominio masculino absoluto y la promoción de una religión política. El antifascismo conservador rechazaba los intentos fascistas de imponer la cohesión; prefería la fragmentación pluralista tradicional. Su mayor amplitud e inclusividad le permitió, principalmente en los años 1930 y 1940, superar a los fascistas construyendo coaliciones en las que los partidos y sindicatos obreros se aliaron con los capitalistas para alcanzar y mantener el poder político.

El antifascismo contrarrevolucionario defendía —aunque no siempre por medios democráticos— los antiguos regímenes de la democracia liberal. Se le podría llamar antifascismo liberal, pero los términos contrarrevolucionario, conservador y —en el caso francés— restauracionista son preferibles, porque para derrotar a sus enemigos domésticos y externos esta variedad de antifascismo empleaba métodos y atraía a partidarios que no eran enteramente liberales o democráticos. Junto con feministas, socialdemócratas y sindicalistas, entre los seguidores del antifascismo contrarrevolucionario se encontraban conservadores y tradicionalistas, que incluían a racistas antidemócratas en el sur de Estados Unidos y en otros lugares. Sus defensores más consistentes eran conservadores e imperialistas (Winston Churchill y Charles de Gaulle) o socialdemócratas (Franklin Roosevelt), no comunistas (Iósif Stalin). En la Europa dominada por las potencias atlánticas victoriosas tras la Segunda Guerra Mundial, los antifascistas contrarrevolucionarios continuaron o restablecieron repúblicas conservadoras o monarquías constitucionales basadas en los principios de las revoluciones ilustradas del siglo XVIII. Este intento atlántico de fundar un orden europeo renovado sustituyó al del Eje y, con el tiempo, obtuvo una victoria completa cuando el comunismo soviético se derrumbó en 1989.

El antifascismo contrarrevolucionario congregó a dirigentes económicos, políticos y culturales. Capitalistas recelosos del estatismo se aliaron con sindicalistas ansiosos de reformas sociales; artistas, intelectuales y políticos de izquierda temerosos de la represión fascista se unieron a tradicionalistas religiosos. El antifascismo conservador po-

día atraer fácilmente a las multitudes que rechazaban el elitismo fascista, fuese social o racial. Los antifascistas consiguieron un consenso quizá más superficial, pero más amplio, que los fascistas. El éxito final del antifascismo reveló la relativa estrechez e inestabilidad de la coalición fascista, que excluía a amplios sectores de la izquierda, a los liberales y a las minorías religiosas. El fascismo formó una religión política excluyente que rechazó la coexistencia con otras convicciones⁸.

Tanto los antifascistas contrarrevolucionarios como los revolucionarios acabaron por darse cuenta de que el expansionismo violento era inherente al proyecto fascista. Rechazaron el sentimiento generalizado de culpa que atribuía el ascenso del nazismo a un acuerdo de paz supuestamente injusto —el Tratado de Versalles—, y consideraron el feroz dinamismo fascista como la principal causa de conflicto. A diferencia de sus enemigos, no prometieron una victoria rápida, sino una lucha prolongada contra un enemigo potente. Durante la Segunda Guerra Mundial, respondieron a la agresión fascista promoviendo un culto al heroísmo que relegaba a las víctimas a una posición secundaria.

Los antifascistas no identificaron a la Alemania nazi con la Italia fascista hasta que esta se alió con aquella en 1940. Antes de la entrada de Benito Mussolini en la Segunda Guerra Mundial, los antifascistas conservadores del mundo atlántico eran mucho más antinazis que antifascistas. Esperaban que las fuerzas conservadoras de la monarquía y el Ejército italianos mantuvieran a Italia fuera del conflicto, como sucedió hasta la caída de Francia. Aunque acabaron fracasando, intentaron dividir a las dos potencias fascistas, y adoptaron diversas políticas en relación con la Guerra Civil española. Los antifascistas contrarrevolucionarios podían contemplar al dictador español Francisco Franco como un aliado potencial, o como un neutral benevolente. Sin embargo, no sobreestimaron el peso de Italia y España, y estuvieron dispuestos a luchar con Alemania pese a la alineación de esos dos países con el Eje. No minusvaloraron la fuerza de las democracias, ni se resignaron a la supuesta ola autoritaria del futuro. Se dieron cuenta de que el nazismo era la forma más revolucionaria, peligrosa y agresiva

⁸ Emilio Gentile, *Politics as Religion*, trad. George Staunton (Princeton, NJ, 2006), 33.

de fascismo. Aplastarla volvería vulnerables, si no inofensivos, a los fascismos menos radicales de Italia y España. Los antifascistas no mantenían una posición intransigente respecto del «totalitarismo», lo que les permitió aliarse con los comunistas y la Unión Soviética.

Un estudio del antifascismo debería incluir no solo a las élites, sino también a la gente común que colaboró con el fascismo o le opuso resistencia en su vida cotidiana. Durante la Ocupación alemana, los trabajadores franceses cometieron actos de sabotaje, huelgas y reducciones deliberadas del ritmo de trabajo. Las organizaciones obreras españolas, británicas y estadounidenses colaboraron con el antifascismo bélico de sus países, aunque no todos los asalariados siguieron a sus dirigentes y muchos se resistieron al trabajo, como los trabajadores franceses. Sin embargo, esta resistencia al trabajo asalariado tuvo una eficacia limitada, y un examen de las huelgas defensivas españolas, francesas, estadounidenses y británicas demuestra que fue incapaz de derrotar tanto a los regímenes fascistas como a los antifascistas. En otras palabras, el antifascismo de Estado fue esencial para aplastar al fascismo tanto en el frente doméstico como en el exterior. La historia del antifascismo debe incorporar los enfoques recientes de historia social, pero la victoria del antifascismo no puede explicarse solo con la historia social. Aun así, las negativas al trabajo sugieren prácticas pausadas y pacíficas de una civilización post y antifascista.

El antifascismo contrarrevolucionario se extendió con rapidez en la segunda mitad de la década de 1930. La invasión italiana de Etiopía en octubre de 1935 desencadenó el antifascismo tradicionalista del emperador Haile Selassie, que anticipó el de los conservadores europeos en los años finales de la década. Tanto el venerable Imperio etíope como más tarde el Imperio británico defenderían sus dominios contra un agresivo imperialismo fascista. En 1936 el Reino Unido ofreció asilo a Selassie y en 1941 le restauró en el trono, prefigurando sus políticas hacia los monarcas antifascistas europeos y asiáticos al final de la Segunda Guerra Mundial. Los antifascistas iniciaron protestas populares globales, y a menudo espontáneas, contra la invasión italiana. Las manifestaciones contra la invasión de Etiopía se organizaron por lo general de acuerdo con criterios étnicos y raciales, inclu-

yendo a nacionalistas negros, radicales y antiimperialistas variados. Pero el antifascismo basado en una mezcla de antiimperialismo, raza o religión —como demostraron los movimientos judíos contra el nazismo— fue ineficaz sin la capacidad movilizadora de Estados-nación poderosos, los mismos que —incluida la Unión Soviética— permitieron al Duce conquistar Abisinia⁹.

La crisis de Múnich en septiembre de 1938, la posterior anexión alemana de los Sudetes y la *Reichspogromnacht* [Noche de los cristales rotos] de noviembre de 1938 ayudaron a poner a una mayoría abrumadora de británicos y franceses en contra el régimen nazi, la expresión más radical del fascismo. La invasión alemana de la república conservadora de Checoslovaquia en marzo de 1939 hizo tambalear la fe de la mayoría de los apaciguadores en las intenciones razonables de los nazis, minando aún más el pacifismo. La Guerra Civil española había dividido a los antifascistas de izquierda y de derecha, pero el colapso de la República izquierdista en abril de 1939 animó a los conservadores y católicos a unirse a los antifascistas contrarrevolucionarios que apoyaban la propiedad privada y respetaban la religión tradicional. La invasión de Polonia por Hitler en septiembre de 1939 demostró la intuición de los oponentes del apaciguamiento de que el nazismo era más peligroso que el comunismo.

En Estados Unidos, el sentimiento aislacionista también se erosionó a finales de la década de 1930, pero siguió siendo fuerte en el Parlamento, el Medio Oeste y entre algunas élites económicas y étnicas, incluidos los afroamericanos. Como los apaciguadores en Gran Bretaña y Francia, los aislacionistas norteamericanos basaban sus argumentos en el pacifismo, el anticomunismo o, en menor medida, el antisemitismo. Como sucedió en Europa, el feroz expansionismo fascista desacreditó su razonamiento y ayudó al Gobierno de Roosevelt a convencer a demócratas y republicanos conservadores a ayudar a los británicos, a quienes la opinión pública estadounidense veía con sim-

⁹ Piers Brendon, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Nueva York, 2000), 319-320, 425; Joseph Fronczak, «Local People's Global Politics: A Transnational History of the Hands Off Ethiopia Movement of 1935», *Diplomatic History*, vol. 35, n.º 2 (2015), 245-274.

patía porque el Reino Unido estaba luchando de verdad con el fascismo. Del mismo modo, la opinión pública estadounidense y británica proporcionaron un apoyo crucial a la Francia Libre de De Gaulle cuando tanto Roosevelt como Churchill quisieron sustituir al dirigente francés por alguien más flexible. El restauracionista De Gaulle tomó el poder en Francia en 1944 con el apoyo de los ejércitos Aliados y el respaldo de gran parte de la burguesía y el Ejército franceses, incluyendo a generales que habían luchado contra los Aliados¹⁰.

La derrota de la Alemania nazi en 1944-1945 revivió el conflicto entre el antifascismo revolucionario y el contrarrevolucionario. En la Europa oriental, compuesta de países con burguesías débiles, los soviéticos impusieron muchos elementos de su modelo. Los antifascistas revolucionarios que habían organizado voluntarios o combatido en España, como Josep Broz Tito (Yugoslavia), Walter Ulbricht (República Democrática Alemana, RDA) y Klement Gottwald (Checoslovaquia) se convirtieron en gobernantes de las nuevas «democracias populares». Se puede encontrar un precedente de estos regímenes en la República española durante la Guerra Civil, el tema del siguiente capítulo.

¹⁰ Empleo «aislacionistas» con preferencia a «neutralistas» para subrayar las similitudes entre aquellos y los apaciguadores europeos. Cfr. Brooke L. Blower, «From Isolationism to Neutrality: A New Framework for Understanding American Political Culture, 1919-1941», *Diplomatic History*, vol. 38, n.º 2 (abril, 2014), 345. Sobre la oposición afroamericana a la intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, véase Brenda Gayle Plummer, *Rising Wind: Black Americans and U.S. Foreign Affairs, 1935-1960* (Chapel Hill, NC, 1996), 70-73, 81. Claude Bourdet, *L'Aventure incertaine: De la Résistance à la Restauration* (París, 1975), 98, 182, 397.